

narquia, y en las que cada soldado combatia por su propia causa y tenia una injuria que vengar, un rey á quien salvar y una patria que reconquistar con la punta de su sable ó de su bayoneta; con generales prusianos discípulos todos de un rey militar y obligados por su honor á mantener la superioridad de su nombre en Europa; con un generalísimo que Alemania proclamaba su Agameuon y que el genio de Federico cubria con un prestigio invencible; en fin, con un rey valiente adorado de su pueblo, querido de sus tropas, vengador de la causa de los reyes, acompañado de los representantes de todas las cortes sobre el campo de batalla y supliendo la inesperencia de la guerra con una intrepidez personal que olvidaba el rango para no acordarse mas que de su honor: he aqui el ejército prusiano.

XI.

En el campo francés, por el contrario, no podia contarse sino con una inferioridad numérica de uno contra dos; con unos regimientos reducidos á trescientos ó cuatrocientos hombres, por efecto de las leyes de 1790, que habian estinguido los enganches por dinero: privados estos regimientos de sus mejores oficiales, por la emigración que habia arrastrado á mas de la mitad á una tierra estrangera y por la creacion súbita de cien batallones de voluntarios, á la cabeza de los cuales se habian puesto como instructores los oficiales que habian quedado en Francia; con otros regimientos y batallones sin espíritu de cuerpo, mirándose con celos ó con desprecio; con dos sentimientos en el ejército, el de la disciplina de los antiguos, y el de la insubordinacion en los nuevos batallones; con unos oficiales antiguos sospechosos á los soldados; con soldados temibles para sus oficiales; con una caballería

mal montada y peor equipada, con una infantería intruida y sólida en los regimientos, pero novicia y débil en los batallones de nueva creacion; con un gran atraso en las pagas que se les daban en asignados despreciados por todos ellos; con armas insuficientes, vestuario desigual, usado, roto y con frecuencia hecho harapos: faltándoles á muchos soldados el calzado, y reemplazando la suela de los zapatos con yerba seca atada á las piernas con cuerdas: todos estos cuerpos ademas, procedentes de diferentes ejércitos y provincias, desconocidos los unos y los otros, y que apenas sabian el nombre de los generales que los debian mandar; con estos mismos generales ó jóvenes ó temerarios, pasando sin transición de la obediencia al mando, ó viejos y rutinarios que no podian dominar sus hábitos metódicos ni acostumbrarse á la osadía de las guerras desesperadas: finalmente, con un general de cincuenta y tres años á la cabeza de este ejército incoherente, nuevo en la guerra, y de quien todo el mundo tenia derecho de dudar por la desconfianza en sus tropas, por la rivalidad con su principal teniente, por estar en lucha con su propio gobierno; ya porque nadie comprendia sus planes audaces y lentos; sin servicios en lo pasado, sin el nombre de una victoria en la hoja de su espada que pudiese servir de titulo para el mando: he aqui los franceses en Valmy; pero el entusiasmo de la patria y de la revolucion, latia en el corazon de este ejército, y el genio de la guerra inspiraba el alma de Dumouriez.

XII.

Inquieto Dumouriez por la situacion de Kellermann, y á caballo desde el amanecer visitó su linea, escalonó los cuerpos entre Sainte-Menehould y Gizaucourt y corrió hácia Valmy para juzgar por si mismo de las inten-

ciones del duque de Brunswick y del punto en que los prusianos concentrarian sus esfuerzos. Encontró á Kellermann dando sus últimas órdenes á los generales que á su izquierda y á su derecha iban á contraer la responsabilidad de la jornada, uno de ellos era el general Valence y el otro el duque de Chartres.

Valence, unido á la casa de Orleans, se habia casado con la hija de madama de Genlis; diputado por la nobleza en los Estados generales habia servido con sus opiniones la causa de la libertad y en la guerra derramó su sangre por ella. Entonces coronel de dragones, joven, activo, gracioso como un aristócrata, patriota como un ciudadano y valiente como un soldado, manejaba la caballería con audacia y habia mandado la vanguardia de Luckner en Courtrai: su ojeada militar, sus estudios y el aplomo de su talento, le hacian capaz de mandar en jefe un cuerpo de ejército: sin temor se le podia confiar la seguridad de una posicion.

El duque de Chartres era el hijo primogénito del duque de Orleans. Nacido en la misma cuna de la libertad é imbuido en las máximas del patriotismo por su padre, no habia tenido lugar de escoger la opinion que debia seguir. Su educacion hizo la eleccion por él. Habia respirado el hábito de la revolucion, pero no lo habia respirado en el Palacio Real, centro de los desórdenes domésticos y de los planes políticos de su padre: su adolescencia habia pasado estudiosa y pura en el retiro de Belle-Chasse y en el de Passy, en donde madama de Genlis dirigia la educacion de los príncipes de la casa de Orleans. Ninguna muger ha confundido tan bien como ella la intriga y la virtud ni ha asociado una situacion mas sospechosa con preceptos mas austeros: odiosa á la madre, favorita del padre, Mentor de los hijos, á la vez democrata y amiga de un príncipe, sus discípulos recibieron con sus lecciones el doble germen del príncipe y del ciudadano, formando sus almas por la suya, dándoles

muchas luces, muchos principios y mucho cálculo, enseñándoles ademas una gran destreza para tratar con los hombres y una finura para manejarse en los acontecimientos que hacen que se reconozca siempre la impresion de la mano de aquella muger hábil sobre los caracteres que ha tocado.

El duque de Chartres no tuvo juventud, la educacion suprimia esta edad en los discípulos de madama de Genlis: la reflexion, el estudio, la premeditacion en todas las ideas y en todos los actos, reemplazaban á la naturaleza por el estudio y al instinto por la voluntad: ella formaba hombres, pero hombres ficticios. En 1791 era ya el duque coronel, y habia merecido dos coronas cívicas de la ciudad de Vendome, en donde se hallaba de guardia, por haber salvado, con peligro de la suya, la vida de dos sacerdotes en un motin, y á un ciudadano en un rio. Asiduo á las sesiones de la Asamblea constituyente, afiliado por su padre en los Jacobinos, asistia en la tribuna á las borrascas de las asambleas populares, atraido por las pasiones que estudiaba, pero sabiendo dominar sus arrebatos: siempre mezclado en los lances del dia para aparecer nacional, y bastante distante de ellos para no comprometer su porvenir. Su familia era la mejor parte de su patriotismo, teniendo hacia ella una veneracion capaz de hacerle sacrificarse por defenderla. Al saber la noticia de la supresion del derecho de primogenitura se arrojó á los brazos de sus hermanos. «Dichosa ley, les dijo, que permite amarse á los hermanos sin envidiarse unos á otros; ella me prescribe lo que mi corazon me habia dictado anteriormente, bien lo sabeis, ¡la naturaleza habia hecho entre nosotros esta ley!» La guerra lo habia llevado felizmente á los campamentos, en donde toda la sangre de la revolucion era pura. Su padre habia pedido que sirviese á las órdenes del general Biron, su amigo, en donde se señaló por su firmeza en aquellos primeros tanteos de la media campaña de

Luckner en Bélgica. A veinte y tres años fué nombrado general de brigada por antigüedad en un ejército en que los coroneles mas antiguos habian casi emigrado todos, y siguió á Luckner á Metz. Nombrado por Servan gobernador de Estrasburgo: «Soy demasiado jóven, le respondió, para encerrarme en una plaza, pido que se me permita permanecer en el ejército activo.» Kellermann, sucesor de Luckner, presintió su valor y le habia confiado una brigada de doce batallones y otros tantos escuadrones.

XIII.

El duque de Chartres se habia hecho aceptar por los soldados viejos como príncipe, por los nuevos como patriota y por todos como camarada: su intrepidez era reíflexiva y por todos le arrebatada, lo que hacia era guiarle, iluminando su golpe de vista militar y dejándole toda la sangre fría que se requiere para el mando. Iba al fuego sin precipitarse, pero tambien sin detener el paso. Su ardor no era precipitado, sino hijo de la voluntad, reíflexivo como un cálculo, y grave como un deber. Era de elevada estatura, corpulento, y de aspecto severo. La elevacion de su frente, sus ojos azules, lo ovalado de su cara y lo hundido de su barba recordaban al verle esas facciones tan marcadas de la casa de Borbon, e indicaban que habia nacido muy inmediato al trono.

Su cuello constantemente inclinado, la postura modesta de su cuerpo, su boca un tanto caída hacia los estremos, su mirada penetrante, su sonrisa cariñosa, gracioso gesto, y su conversacion familiar y franca, mostraban en él el hijo de un partidario de la plebe y recordaban al pueblo. Su familiaridad, marcial aun con los oficiales, soldadesca con los soldados, patriótica con los ciudadanos, hacian que se le perdonase su origen; pero bajo

el exterior de un soldado del pueblo, se notaba en el fondo de su mirada cierta cosa que recordaba al príncipe de la sangre. Se entregaba á todos los accidentes de la revolucion con el abandono completo, pero hábil, de un talento consumado. Parecia que sabia con anticipacion que los acontecimientos gastan á los que los resisten, pero que las revoluciones, á manera de las olas, devuelven los hombres al punto en donde les han cogido. Ejecutar bien lo que las circunstancias le indicaban, fiando el resto al porvenir y á su sangre, era toda su política. Maquiavelo no le hubiera aconsejado mejor que su naturaleza. Su estrella no alumbraba mas que algunos pasos delante de él, ni el tampoco la pedia ni mas luz ni mas claridad. Su ambicion se limitaba á saber esperar, su providencia era el tiempo; nacido para desaparecer en las grandes convulsiones de su pais, y para sobrevivir á las grandes crisis, para sojuzgar los partidos ya fatigados, para satisfacer y para amortiguar las revoluciones; en medio de su valor y de su entusiasmo exaltado por la patria, se temia vislumbrar en perspectiva un trono levantado sobre los restos del antiguo por la mano de una república. Este presentimiento, que precede á los altos destinos y á los grandes nombres, parecia revelar de lejos al ejército que de todos los hombres que se agitaban entonces en la revolucion, este podia ser un día el mas útil ó el mas fatal á la libertad.

Dumouriez, que habia visto al jóven duque de Chartres en el ejército de Luckner, y que le observó atentamente en esta ocasion, quedó admirado de su sangre fría y de su brillantez en la accion, presintió desde entonces una gran fuerza en aquel jóven, y resolvió atraérselo.

XIV.

Los prusianos coronaban las crestas de las alturas de la Luna, y empezaban á descender de ellas en orden de

batalla. Los veteranos del gran Federico, lentos y mesurados en sus movimientos, no mostraban ninguna precipitacion, ni fiaban nada á la casualidad: sus batallones marchaban simultáneamente formando figuras geométricas y ángulos rectos cual si fuesen unos baluartes. Parecía que dudaban en abordar á un enemigo doble inferior á ellos en número y en táctica, pero cuya tenacidad ó desesperacion temian.

Los franceses, por su parte, contemplaban, no sin un cierto terror de imaginacion, aquel ejército inmenso, y hasta entonces invencible, avanzando silenciosamente su primera linea en columnas y desplegando sus dos alas para esterminar su centro y cortarles la retirada sea sobre Chalons, sea sobre Dumouriez. Los soldados permanecian inmóviles en sus posiciones temiendo dejar indefenso por un movimiento falso el estrecho campo de batalla en donde podian defenderse, pero en el que no osaban manobrar. A la mitad de la colina de la Luna los prusianos se detuvieron. Sus compañías de zapadores, allanaron el terreno en anchas plataformas, y desembocando la artillería de entre los batallones que le abrieron paso, llevó al galope y situó frente de las columnas cuarenta piezas, divididas en cuatro baterías, tres de cañones y una de obuses. Otra batería de la misma fuerza que enfilaba el flanco de las lineas francesas, quedaba aun cubierta bajo un velo de niebla sobre la derecha de los prusianos, y no tardó en romper el fuego en fuertes detonaciones. El fuego principió á la vez por el frente y por los flancos. A este fuego, Kellermann mueve su artillería, y la sitúa delante de la infantería. Mas de veinte mil proyectiles lanzados por ciento veinte piezas, se cruzan en el aire por espacio de dos horas surcando el suelo de las dos opuestas colinas, como si las dos artillerías hubiesen querido abrir brecha en las faldas de las dos montañas. El humo denso de la pólvora y el polvo producido por el choque de las balas y de las granadas al pegar en el

suelo subiendo por los declives de las colinas y detenido por el viento que corría en aquel desfiladero, impedían á los artilleros hacer la puntería, equivocando con frecuencia los tiros. Unos y otros combatian en medio de dos nubes de polvo y de humo, y dirigian sus tiros hacia donde veian el estampido del cañon enemigo á quien no podian ver. Los prusianos, mas descubiertos que los franceses, sufrían mayor estrago alrededor de sus piezas, el fuego de los prusianos fué disminuyendo. Kellermann, que espía el menor signo de debilidad, creyó notar alguna confusion en sus movimientos, y se precipitó á caballo á la cabeza de una columna sobre ellos para apoderarse de sus piezas. Otra batería enemiga oculta por un accidente del terreno, apareció entonces al frente de su columna, y su caballo herido en el pecho por un casco de granada, cayó muerto cogiéndole á el debajo. El teniente coronel Lormier, su ayudante de campo, tambien fué herido mortalmente. La cabeza de la columna, atacada de frente y por los flancos titubea y retrocede en desorden. Kellermann sale de debajo de su caballo, y sostenido por algunos soldados va á buscar otro. Los prusianos que han visto caer á un general y la retirada de su tropa, redoblan el fuego. Una lluvia de granadas mejor dirigidas, destruye el parque de artillería de los franceses. Dos cajones de pólvora se vuelan en medio de las filas. Los proyectiles, los ejes de las cureñas y los miembros de los caballos lanzados en todas direcciones, se llevan filas enteras de nuestros soldados. Los trenistas huyen al galope del foco de la explosion con sus armoines sembrando la confusion y comunicando su instinto de fuga á los batallones que están en primera linea. La artillería, privada de este modo de sus municiones, se detiene y deja de disparar.

El duque de Chartres, que sufría hacia tres horas, con arma al brazo, el granizo de balas y metralla de la artillería prusiana, en el molino de Valmy, punto muy

interesante, notó el peligro de su general. Inmediatamente corrió á todo escape á la segunda línea, coge la reserva de artillería montada, y la lleva al galope á la esplanada del molino, remediando con esto, el desorden del centro de la batalla. En seguida reúne los artilleros que se habían dispersado, manda volver á romper el fuego, y aturde y contiene al enemigo que ya se creía vencedor.

El duque de Brunswick no quiere dar á los franceses tiempo para rehacerse, y forma tres columnas de ataque, sostenidas por dos alas de caballería. Estas columnas avanzan á pesar del fuego de las baterías francesas y se echan en masa, como para sofocarle con su peso, sobre el molino de Valmy, en donde el duque de Chartres las espera á pie firme. Kellermann, que acaba de restablecer su línea, forma su ejército en columnas de ataque por batallones, se apea de su caballo, dá la brida á un ordenanza, y hace conducir el animal detrás de las filas, indicando á los soldados, por este acto desesperado, que no quiere mas que la victoria ó la muerte. El ejército lo comprende: «Camaradas, grita Kellermann con una voz palpitante de entusiasmo y acentuando bien las sílabas para que hieran desde mas lejos el oído de los soldados, he aquí el momento de la victoria, dejemos avanzar al enemigo sin dispararle un solo tiro, y carguémosle á la bayoneta en cuanto esté encima de nosotros.» Dichas estas palabras, levanta en el aire y agita su sombrero, adornado con penacho tricolor, sobre la punta de su espada: «¡Viva la nación! esclama con voz mas fuerte aun. ¡Vamos á vencer por ella!»

Esta exclamacion del general, corre de boca en boca por los batallones mas próximos, y sigue luego toda la línea. Repetida por los que la habían proferido primero, y vuelta á repetir por los que les siguen después, es como un clamoreo inmenso, semejante á la voz de la patria animando á sus primeros defensores. El grito de todo un ejército prolongado durante un cuarto de hora y

rodando de una á otra colina, en los intervalos de la explosion de los cañones, asegura al ejército con su propia voz y hace reflexionar al duque de Brunswick. Tales corazones prometen terribles brazos. Los soldados franceses, imitando espontáneamente el gesto sublime de su general, levantan sus sombreros y sus cascos en la punta de sus bayonetas y los agitan en el aire, como para saludar el triunfo. «La victoria es nuestra:» dice Kellermann, y se lanza á paso de carga, sobre las columnas prusianas haciendo redoblar las descargas de su artillería. Al aspecto de este ejército que se mueve por sí solo, bajo la metralla de ochenta piezas, las columnas prusianas titubean, se detienen y fluctuan un momento en desorden. Kellermann sigue avanzando, el duque de Chartres, con una bandera tricolor en la mano, lanza su caballería detrás de la artillería montada. El duque de Brunswick, con la ojeada de un veterano y el desco de economizar sangre que caracteriza á los generales consumados, juzga al momento que su ataque se estrellará contra semejante entusiasmo, rehace con sangre fria sus columnas, hace tocar á retirada y vuelve á ocupar lentamente y sin ser perseguido sus antiguas posiciones.

XV

Las baterías de los dos lados habían callado: los claros se restablecian en los dos ejércitos, y la batalla quedó fácilmente suspendida hasta las cuatro de la tarde. A esta hora el rey de Prusia, indignado por la indecision y por la falta de energia de su ejército, formó por sí mismo con la flor de su infantería y de su caballería, tres formidables columnas de ataque, y recorriendo á caballo el frente de sus líneas, le reprendió amargamente por haber humillado de aquel modo la bandera de la monar-

quía. Las columnas se mueven á la voz de su soberano, el rey rodeado del duque de Brunswick y de sus principales generales, marcha en las primeras filas y á descubierto bajo el fuego de los franceses, que diezman á su alrededor de su estado mayor: intrépido como la sangre de Federico, manda como rey celoso del honor de su nacion y se espone como soldado que reputa la vida es nada delante de la victoria: todo fué inútil; las columnas prusianas, deshechas antes de poder abordar las alturas de Valmy por las veinte y cuatro piezas que estaban en bateria en el molino, se replegaron al anochecer, dejando un lago de sangre por donde pasaban y ochocientos cadáveres en el campo. Kellermann durmió en el llano de Valmy, en medio de los heridos y de los muertos, pero contando con razon este cañoneo de diez horas por una victoria. De esta suerte habia hecho que se acostumbrase el ejército francés desde la vez primera al estruendo de la guerra, y habia experimentado tambien su patriotismo, ante el fuego de ciento veinte cañones. El número y la posicion de las tropas no permitian mas. No ser vencido, equivalia para el ejército francés á quedar vencedor. Kellermann lo esperiméntó con tal entusiasmo que quiso confundir mas tarde su nombre con el de Valmy, y despues de una larga vida llena de brillantes victorias, legó en su testamento su corazón á la aldea de este nombre, á fin de que la parte mas noble de su cuerpo reposase en el teatro de su mas querida gloria, al lado de los compañeros de su primer combate.

Mientras que el ejército francés se batia y triunfaba en Valmy, la Convencion como hemos visto, decretaba la república en París: el correo que llevaba al ejército la noticia de la proclamacion de la república y el que iba á París con la del descalabro que habian sufrido los aliados se cruzaron en las inmediaciones de Chalons: así la victoria y la libertad se encontraron en el mismo camino como para presagiar á la Francia que la fortuna le

seria fiel mientras que ella lo fuese á la causa del pueblo y á los principios dela revolucion.

XVI.

Dumouriez volvia á su campo en medio del ruido de los últimos cañonazos de Kellermann, al mismo tiempo que se felicitaba por el éxito de una jornada que afirmaba el espíritu del ejército y que hacia el primer choque contra la patria fatal á sus enemigos; era demasiado diestro para dejar de conocer la falta de Kellermann y la temeridad de su posicion. El duque de Brunswick era al otro día tan fuerte como lo que habia sido la vispera, y ademas habia estendido su ala derecha mas allá de Gizaucourt y cortaba el camino de Chalons. El ejército francés aunque victorioso estaba como encerrado dentro de sus mismas líneas, y no le quedaba espedita otra comunicacion con París que la indirecta de Vitry. Otra segunda accion podia llevar á los prusianos sobre Kellermann y destruir su cuerpo de ejército que estaba demasiado espuesto. Dumouriez fué el 21 al amanecer al campo de su colega y le ordenó que pasase el rio Auve y se replegase en el campo de Dampierre que le habia señalado anteriormente. Esta posicion menos brillante, pero mas segura, daba union y solidez al ejército francés. Kellermann lo conoció y obedeció sin murmurar. No era posible ningun ataque de los prusianos contra cincuenta mil hombres cubiertos por baluartes y fosos naturales y sostenidos por una numerosa artilleria. Solo el tiempo podia combatir en lo sucesivo á favor ó en contra del uno ó del otro ejército.

Los prusianos habian perdido ya tantos dias que no podian desperdiciar mas. El mal tiempo se acercaba y el

invierno solo era suficiente para obligarles á retirarse. El duque de Brunswick no tenia sino tres partidos que tomar pero era necesario tomarlos pronto: marchar sobre Paris por el camino de Chalons de que se habia apoderado: atacar y vencer á Dumouriez en sus lineas; y en fin repasar el Argonne, tomar buenos cuarteles de invierno en la parte mejor del territorio que habia invadido, tener á la Francia en jaque por espacio de seis meses, fatigarla, tenerla inquieta y tomar la ofensiva al venir la primavera.

El duque no tomó ninguno de estos partidos, perdiendo diez dias irreparables en observar al ejército francés aniquilando el terreno estéril que ocupaba: la estacion lluviosa y terrenal le sorprendió en estas dudas. Las lluvias destruyeron los caminos del Argonne por donde le llegaban los convoyes de Verdun: sus soldados sin abrigo, desprovistos de víveres se esparcieron por los campos, por los huertos y por las viñas, para satisfacer su necesidad comiendo uvas agraces que aquellos hombres del Norte cogian por primera vez. Su estomago debilitado por las malas comidas les hizo adquirir aquellas enfermedades del vientre que quitan la fuerza y el ánimo á los soldados. El contagio se esparció rápidamente en el campamento y diezmo los cuerpos. Los caminos estaban cubiertos de carros que trasportaban á los desfallecidos soldados de Brunswick á los hospitales de Longwy y de Verdun.

La posición de Dumouriez no les parecia mucho mas segura á aquellos espíritus que no poseian el secreto de sus ideas. Encerrado por el lado de los Obispos, por el príncipe de Hoenlohe, lo estaba tambien por el lado de Paris por el rey de Prusia. Los prusianos no distaban seis leguas y los emigrados aun menos: los hulanos, caballería de aquellos, venian á merodear hasta las puertas de Reims: entre la capital y Chalons no habia ni posición ni ejército. Paris temblaba al verse

desenbierto; los rumores siniestros aumentados por la malevolencia y el miedo, anunciaban á cada instante en los parisienses consternados la aproximacion del rey de Prusia; los periódicos daban el grito de traicion. El gobierno, el ministro de la Guerra, el mismo Danton enviaban correo tras correo á Dumouriez para ordenarle que librarse el ejército á toda costa y viniese á cubrir el Marne; Kellermann, teniente intrépido pero susceptible y murmurador, conmovido por la opinion de Paris, amenazaba abandonar el campo y dejar á su colega en su obstinacion. Dumouriez empleando tan pronto el ascendiente de su autoridad, tan pronto la seducccion de su talento, pasaba para retenerle en su puesto del ruego á la amenaza, y gozaba dia por dia de una victoria con su paciencia. Solo su poderosa conviccion, aunque aislada, podia sostenerlo contra todos. El camino de Chalons, interceptado, retardaba la llegada de los convoyes del interior, y los soldados pasaban algunas veces tres dias sin pan. Las murmuraciones asediaban los oidos del general que tenia la habilidad de convertirlas en chanzas. «Ved á los prusianos, les decia, que son mas dignos de lástima que vosotros! Ellos tienen que comerse sus caballos, y vosotros teneis harina; haced galletas y sazoadlas con la libertad.» Otras veces amenazaba con quitar el uniforme y las armas á los que se quejasen por la falta de pan y echarlos del campo como indignos de sufrir privaciones por la patria. Ocho batallones de federados ultimamente llegados del campo de Chalons y aun ébrios de sediccion y asesinatos, eran los mas terribles para la subordinacion del campo; estos decian en alta voz que todos los oficiales antiguos eran unos traidores, y que era necesario purgar el campo de generales como se habia purgado Paris de aristócratas. Dumouriez hizo campar estos batallones separados y puso algunos escuadrones detrás de ellos y dos piezas á sus flancos, formándolos despues en batalla so pretexto de pasarles una revista, y cuando llegó á la ca-

beza de la línea, rodeado del estado mayor y escoltado por cien húsares: «Vosotros, les dijo, porque no quiero daros el nombre de ciudadanos, ni de soldados, estais viendo esa artillería, y detrás de ella la caballería; estais manchados de crímenes, y yo no sufro aquí ni asesinos ni verdugos; sé que hay entre vosotros algunos malvados, encargados en incitar al crimen, arrojados de vuestro seno ó denunciádmelos; yo os hago responsables de su conducta.» Los batallones temblaron y tomaron el buen espíritu del ejército.

El antiguo honor se asociaba en el campo al patriotismo. Dumouriez lo mantenía en sus tropas, familiarizándose con sus soldados, pasando las noches en sus hogueras, comiendo y bebiendo con ellos, explicándoles su posición, la de los prusianos, anunciándoles la próxima derrota de sus enemigos, y pidiéndoles uno á uno á todos los soldados de su ejército que tuviesen la confianza y la paciencia de que tenía él mismo necesidad para salvarlos á todos. La amenaza de su destitucion le llegaba todos los días de París, y él respondía desafiando al ministro, «Tendré secreta mi destitucion hasta el día en que vea huir á los enemigos; entonces yo mismo se la manifestaré á mis soldados é iré á París á recibir el castigo á que me haya hecho acreedor por haber salvado á mi país á pesar suyo.» Así se expresaba aquel gran hombre.

XVII.

Tres comisarios de la Convencion, que fueron Sille-ry, Carra y Precur, llegaron al campamento para hacer reconocer la república. Dumouriez no titubeó; aunque monárquico, su instinto le dictaba que la cuestion del día no era la de la forma del gobierno, sino la patria; por otra parte, tenía la ambicion grande como su genio

y vaga como el porvenir. Una república agitada por dentro y amenazada por fuera, no podía descontentar á un soldado victorioso á la cabeza de un ejército que le adoraba. Aboliéndose la monarquía, no habia nada mas elevado en la nacion que su generalísimo. Los comisarios llevaban tambien el encargo de establecer al ejército al otro lado del Marne. Dumouriez exigió y obtuvo de ellos siete dias de término. Al amanecer del sétimo, los centinelas franceses vieron las colinas del Campo de la Luna solas y desiertas, y á las columnas del duque de Brunswick, desfilar lentamente entre los picos de la Champaña, y tomar la direccion de Grandpré. La fortuna habia justificado á la perseverancia; el genio habia burlado al número y Dumouriez triunfó. La Francia se habia salvado.

A esta noticia, un grito general de *Viva la nacion!* resonó en todos los puestos del ejército francés; los comisarios, los generales Beurnonville, Miranda y el mismo Kellermann, se arrojaron en los brazos de Dumouriez, reconociendo la superioridad de sus miras y el poder de su voluntad. Los soldados le proclamaron el Fabio de la patria, pero este nombre que él aceptó por un momento, no correspondia al ardor de su alma, porque entreveía ya el papel de Anibal, mas conforme con la actividad de su carácter y con la obstinacion de su genio. El de César podia tentarle tambien algun dia en su interior. Esta ambicion de Dumouriez esplica por sí sola la retirada impune de los prusianos á través de un país enemigo, por desfiladeros fáciles de convertir en otras Horcas caudinas y bajo el cañon de cincuenta mil franceses, ante los cuales el ejército diezmando y enervado del duque de Brunswick tenia que operar una marcha de flanco.